

La asnificación de Sancho Panza en la segunda parte del *Quijote* *

Miguel E. Kudaka Watanabe
Pontificia Universidad Católica del Perú

El personaje de Sancho Panza, el rústico tonto, glotón, dicharachero aficionado a su cabalgadura tiene su fuente en el teatro español preloquista. La identificación con el asno, cabalgadura del rústico por definición, degrada al personaje con rasgos animalizantes como pueden ser la falta de malicia, la glotonería, la pereza y la cobardía (Márquez Villanueva 1973: 43, 63). Este tipo de personaje será retomado por la literatura de la edad de oro, y será la matriz del personaje del bobo. Así es presentado Sancho en el capítulo VII de la primera parte: “hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera” que decide “llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie” (VII: 142).¹ Es en la segunda parte donde la

* El presente artículo fue publicado originalmente en *Cibertextos* 4. 9 (1988), publicación electrónica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, que en dicha oportunidad albergó en sus páginas las actas del “IV Coloquio de Estudiantes de Literatura”, realizado en Lima del 20 al 21 de junio de 1996. *Lexis* agradece a *Cibertextos*, y en especial a Carlos Chávez, cuya gentileza nos permite publicar a manera de homenaje póstumo la contribución de un colaborador cercano a nuestra revista, Miguel Kudaka Watanabe, quien falleció en noviembre de 1998. La edición, para ajustar el artículo al formato de *Lexis*, estuvo a cargo de Carmela Zanelli y Carlos Cabanillas.

¹ Citamos la edición de John Jay Allen, correspondiente a 1995. En cada cita se aprecian tres números, a menos que sea explícita cuál de las dos partes de la obra es la refe-

relación de Sancho con su rucio tiene una función en la evolución de nuestro personaje.

En la primera parte, la de 1605, la sucesión de aventuras no altera la identidad de caballero y escudero. Pero en la segunda parte, el *Quijote* de 1615, nuestros personajes sufren transformaciones internas, “psicológicas” si se quiere, a lo largo de la novela. Así, para don Quijote, las ventas y las casas dejan de ser castillos, y no hay molinos ni cabras que se confundan con gigantes o ejércitos. Al final de esta transformación, don Quijote recobra la cordura, y Sancho Panza deja de ser el tonto que había sido al principio.

En la segunda parte hay el triple de pasajes que en la primera en los que por lo menos se alude a la relación entre Sancho y su rucio.² Esto no puede ser casual. La identificación entre rústico y asno, que mencionamos al principio, cambia durante el transcurso del relato de la segunda parte. Sancho pasa de ser un *asno* a ser el amo de su asno y con plena conciencia de ello. ¿Qué significa para Cervantes que un personaje sea un *animal*? Citaré un breve pasaje de la novela ejemplar “El coloquio de los perros” en el que Cipión dice “que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto, irracional” (1982 [1613]: 241-2). Vemos claramente que lo que diferencia al hombre del animal es que aquél es racional, y por ello puede hablar con discurso. Para Cervantes, el discurso no consiste en el mero hablar, sino en hablar racionalmente, con coherencia y con conciencia del decoro necesario según la circunstancia. Sancho habla, pero habla sin discurso, habla como animal o loco, sin pensar en lo que dice ni en sus consecuencias. Cuando Sancho habla, lo normal es que provoque la ira de su amo y la risa de los demás personajes de la novela. Son muchísimos los ejemplos en ambas partes del *Quijote*. Tan sólo recordemos las largas tiradas de refranes que Sancho ensarta y las irritadas interrupciones de don Quijote. Otro ejemplo de lo que decimos es la aventura del rebuzno, en los capítulos XXVII y XXVIII

rida, el primer número romano corresponde al volumen o parte de *Don Quijote*, el segundo número romano indica el capítulo y finalmente el número arábigo corresponde a las páginas.

² Ver la edición del *Quijote* de Vicente Gao (Vol. III: 398), remítase al índice temático, entrada léxica *asno* [nota de los editores].

de la segunda parte. En esta aventura un pueblo es objeto de burlas por parte de los pueblos vecinos porque tiene un alcalde y un regidor que son magníficos rebuznadores. Don Quijote y Sancho Panza aparecen en el momento en que este pueblo se dirige a retar a uno de sus burladores. Don Quijote logra sosegar la ira de los aldeanos, pero Sancho Panza la reanima al ocurrírsele que sería bueno mostrar sus habilidades de rebuznador. Sancho Panza es apaleado y don Quijote, contra su costumbre, decide esta vez no pecar de temerario y se retira. Cuando Sancho llega donde él, le recrimina así su insensatez: “—¡Tan en mala hora supiste vos rebuznar, Sancho! Y ¿dónde hallaste vos ser bueno el *nombrar* la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos?” (II, XXVIII: 241; mi subrayado). *Nombrar* y *rebuznar* son la misma cosa en este caso. Vemos en este ejemplo a Sancho Panza plenamente identificado con un asno. Aquí la relación entre amo y bestia se puede resumir con la ecuación de igualdad: Sancho = rucio. Sancho se comporta como asno y es castigado por ello. Pero como ya hemos adelantado, en Sancho se produce un cambio “psicológico” (siempre este término entre comillas) que se refleja en un cambio en la identificación con el rucio. Así, en el otro extremo, Sancho Panza puede identificarse con su asno, pero de modo irónico, de tal manera que establece una distancia que podemos llamar *desasnificadora*. Esto ocurre durante la segunda estadía de don Quijote y Sancho en el palacio de los duques. Altisidora le recuerda a Sancho los azotes que prometió darse para desencantar a Dulcinea, a lo que Sancho responde: “Bien pudiera el Amor —dijo Sancho— depositarlos en los de mis asno; que yo se lo agradecería” (II, LXX: 550). Sancho, en este caso, no se identifica con el rucio, sino que lo ve como un sustituto para el castigo. Evidentemente no se trata de una identificación ingenua. Mediante la ironía, Sancho establece la diferencia entre amo y cabalgadura.

El tópico de la asnificación se desarrolla entre estos dos polos. El primer ejemplo, la de la aventura del rebuzno, se da entre los capítulos XXVII y XXVIII, y el segundo hacia el final, en el capítulo LXX. El cambio entre estos dos polos es un proceso que se desarrolla a lo largo de toda la novela hasta el final, cuando amo y escudero vuelven a la aldea. Esta evolución está marcada por el gobierno de la ínsula Barataria. Con este episodio Sancho Panza satisface la

mayor motivación que lo impulsa a seguir a don Quijote. Determina un *antes*, en el que la relación con el rucio es *asñificante* y un *después*, en el que deja de serlo. La asñificación, que se hace explícita en la aventura del rebuzno, se mantiene hasta el gobierno de Barataria, durante el cual sufre un paréntesis. Luego del gobierno, la relación con su rucio cambia. Antes el rucio era el par de Sancho y así también lo veían otros personajes de la novela. Después del gobierno, la ecuación Sancho = rucio no se mantiene.

La asñificación no se manifiesta tan sólo en el hablar de Sancho Panza. Si la razón es condición para hablar con discurso, la razón, independiente del hablar, implica también conductas adecuadas a las distintas circunstancias que se presentan ante el individuo. La racionalidad implica un control consciente sobre la conducta. Y es precisamente la inoportunidad e inadecuación de las acciones de los personajes uno de los principales recursos humorísticos de Cervantes. Para mí está claro que, así como la asñificación está asociada a la falta de decoro al hablar, también lo está con la falta de control sobre las conductas más elementales y primarias del ser humano, como pueden ser las motivadas por el hambre, la pereza o el temor.

Cervantes trata con particular maestría la cobardía de Sancho Panza identificada con la del rucio. Nos ofrece dos imágenes de la misma, una el espejo de la otra. La primera la encontramos en la aventura del barco encantado, capítulo XXIX de la segunda parte:

cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dio más pena que el oír rozar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díjole a su señor:

—El rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia! (II, XXIX: 247-8)

Sancho se identifica con el miedo de los animales y quiere cobardemente volver con ellos para ampararlos, pero la aventura en la que se ha literalmente embarcado se lo impide. Los cuatro tienen miedo y quieren acompañarse para enfrentar el temor. Más adelante, Cervantes nos ofrece una imagen especular de este episodio de la cárcel en el coto de los duques, en el capítulo XXXIV. Ante la cer-

canía de un fiero jabalí, Sancho abandona al rucio para trepar una encina, pero ahora es el rucio quien acompaña a Sancho en su sufrimiento. Sancho Panza está sobre la encina, quejumbroso. Don Quijote lo oye, se voltea y “viole pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto a él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban” (II, XXXIV: 287).

Esta solidaridad también se manifiesta por el impulso animal del hambre. Según don Quijote, Sancho vive más pendiente del apetito de su jumento que de la “vana pompa del mundo”. La noche anterior a las bodas de Camacho, don Quijote ve dormir a Sancho tan despreocupado que no puede contenerse y dice: “Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden más que a *pensar* tu jumento; que en el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto; contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores” (II, XX: 172; mi subrayado). Se produce aquí un juego de palabras entre *pensamiento* y *pensar*, en el que se confunden los significados de ‘preocupación’ y ‘dar pienso’ a un animal.³ Para don Quijote la relación que hay entre él y Sancho es la misma que se produce entre Sancho y su rucio. Sancho se preocupa sólo en *dar pienso* a su jumento, y don Quijote tiene que cargar con el bienestar de su escudero. Esta equivalencia se desarrolla luego en los episodios en casa de los duques. En el capítulo XXXI, Sancho le pide a una dueña del palacio de los duques —la dueña Rodríguez— que por favor se encargue de llevar al rucio al pesebre y alimentarlo bien. La dueña Rodríguez se indigna ante este pedido, pues “las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas a semejantes haciendas” (II, XXXI: 259). Para don Quijote esta situación es muy avergonzante:

—¿Pláticas son éstas, Sancho, para este lugar?

—Señor —respondió Sancho—, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.

A lo que dijo el duque:

³ Cf. La edición Gaos Vol. II, cap. 20: 298, notas 16a y 16b.

—Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada, y descuide Sancho, *que se le tratará como a su misma persona*. (II, XXXI: 260; mi subrayado)

Para Sancho, no hay diferencia entre hablar en un establo y hablar en un palacio ante los duques. La falta de decoro de Sancho produce ira y vergüenza en don Quijote, pero es celebrada con muy buen humor por el duque, que dispone todo para que Sancho sea tratado en el palacio como el rucio en la caballeriza. Pero Sancho pronto partirá para Barataria, en donde promete gobernar con la ayuda de su asno, pues como dice “yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva” (II, XXXIII: 285). Pero contra lo que Sancho supone, con la partida a Barataria se inicia el fin de la *asnificación*. Por disposición del duque, Sancho no va sobre el rucio, sino delante de él:

Salió, en fin, Sancho, acompañando de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho a la jineta, y *detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes*. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania. (II, XLIV: 351; mi subrayado)

Vestido “a lo letrado”, Sancho inicia la aventura de Barataria. No va sobre el rucio, sino sobre un macho del duque. El rucio va detrás, y esto ya marca una diferencia jerárquica entre amo y bestia. El jumento no es digno compañero del gobernador. No es su cabalgadura ni puede ir a su lado; no es su igual. En el gobierno Sancho prescindirá de la asesoría de su inseparable amigo. La ausencia del asno (y de *asnificación*) en Barataria revela la importancia funcional que tiene el rucio en la caracterización de Sancho. En Barataria, Sancho hará uso de su razón, juicio, discurso y entendimiento. Este hecho marcará definitivamente a Sancho hasta el fin de la novela. Recordará constantemente que alguna vez fue gobernador y que resolvió los casos que le planteaban sus gobernados. Sancho volverá a cabalgar a su rucio, pero la relación entre ambos ya no será del mismo signo. El gobierno baratario es un episodio largo, abarca cinco capí-

tulos: XLV, XLVII, XLIX, L y LIII. Durante este largo paréntesis Sancho se separa también de su amo y vive sus propias aventuras. En Barataria, Sancho muestra agudeza y discreción al enfrentarse a los casos que le presentan su falsos gobernados. La gente del duque queda sorprendida ante las reacciones de Sancho cuando se le plantean paradojas y casos difíciles de resolver. Sancho, para sorpresa y risa del lector y de sus acompañantes, piensa y resuelve juicios de manera tan justa que deja asombrados a quienes lo acompañan: “Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan galanamente y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los oficios y cargos graves, o adoban, o entorpecen los entendimientos” (II, XLIX: 390). ¿A qué atribuir semejante cambio? Lo que notamos en estos cinco capítulos es que Sancho no menciona al rucio sino una sola vez. Lo hace cuando se queja de la terrible dieta a la que lo somete el doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera. Pero en esta ocasión, Sancho no dice torpezas tan fuera de lugar como en el palacio de los duques. Se acuerda del rucio al quejarse de la comida (lo cual confirma la asociación que hay entre el estómago y lo animal), pero inmediatamente recuerda sus obligaciones de gobernador y da la orden de salir a rondar la ínsula a pie. No obstante, el gobierno está lleno de dificultades para Sancho. Los sirvientes del duque inventan una invasión a la ínsula, en la que Sancho termina más molido que en la aventura del rebuzno. Esto y la rigurosa dieta a la que ha sido sometido, lo obligan a renunciar al gobierno. El fin del gobierno sanchesco en Barataria reúne a los antes separados amigos. Escudero y jumento van juntos a reencontrarse con don Quijote. Con la renuncia al gobierno y el retorno al servicio de su amo se ha producido un cambio en la relación entre Sancho y don Quijote. Antes, el principal motivo que persuadía a Sancho a continuar la vida de varapalos y privaciones lejos de la comodidad de su hogar era la ínsula prometida, con cuyo gobierno podría mejorar el nivel socio-económico de su familia. Pero durante el gobierno Sancho no se ha enriquecido, y de esto él se ufanará constantemente a partir de este momento. Ahora Sancho seguirá con Don Quijote por fidelidad antes que por dinero. Esta motivación económica está también asociada a lo asnal. Sancho, golpeado y adolorido en el episodio del rebuzno en el capítulo XVIII, le echa en cara a don Quijote el haberlo abandonado en su desgracia, y lo amenaza con regresar

al pueblo, cobrándole las ganancias que dejaría de percibir como gobernador. Es una de las pocas veces en las que Sancho está irritado con su amo. Don Quijote, fastidiado por la actitud de Sancho, le grita: “*Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que antes llegará ella a su último término que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia*” (II, XXVIII: 245; mi subrayado). Sancho, como respuesta, va a asumir pasivamente la asnificación: “—Señor mío, *yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida*” (II, XXVIII: 245; mi subrayado). En el contexto de la aventura del rebusno, los insultos de don Quijote ante los reclamos económicos de Sancho y el arrepentimiento de éste nos confirman la importancia de esta aventura en lo que hemos llamado “la asnificación de Sancho”. El sometimiento de Sancho confirma el juego de palabras con el verbo *pensar*. Para don Quijote, Sancho Panza es como el jumento a su escudero. Sancho además ha confirmado su condición de asno hasta el fin de su vida.

No obstante, Sancho seguirá siendo el escudero fiel hasta la muerte de su amo; pero, a partir del fin del gobierno insulano, como ya se ha visto, ya no será el asno que había sido. Este lado asnil será sacrificado camino al palacio de los príncipes, en un episodio que podría aludir a ritos de transición o de purificación. Sancho cae con su jumento “en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó a Dios de todo corazón, pensando en que no había de parar hasta el profundo de los abismos” (II, LV: 439). Para Sancho esta sima es un profundísimo abismo sin fin y está aterrizado: “a cada paso pienso que de abajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme” (II, LV: 441). Esta caída es una suerte de descenso a las entrañas de la tierra, como la que tiene don Quijote al bajar a la cueva de Montesinos. Sancho tiene visiones relacionadas con muerte; aunque, por supuesto, no tan ricas como las de don Quijote, poseedor de una imaginación desbordada. Dice Sancho:

Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso. . . . De

aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mundos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio, con ellos, por donde quizás se echará de ver quién somos, a los menos, de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. (II, LV: 440)

Este fragmento de Sancho nos confirma dos cosas: primero, que Sancho y su rucio son inseparables. Segundo, que Sancho y el rucio ya no se pueden confundir. Los huesos pelados de los dos amigos serán identificados como de hombre y de animal, distintos e inconfundibles, pero la proximidad de los restos permitirá saber de quiénes eran los huesos. Ni Sancho ni el rucio, por supuesto, mueren. Pero se da la muerte simbólica de este último. De la caída, Sancho Panza sale ileso. El que queda mal parado es el animal. Cuando llega el día y con ello un poco de luz en la sima, Sancho Panza ve a su rucio “boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso de pie, que apenas se podía tener” (II, LV: 440); prácticamente más muerto que vivo. El rescate de Sancho es más gráfico aún. Don Quijote había salido esa mañana a entrenarse para el duelo que iba a disputar con el lacayo Tosilos. Repentinamente escucha unas voces que salen de una cueva, que resultan ser los gritos de Sancho que pide ayuda. Don Quijote piensa que se trata de un alma en pena que lo llama desde las profundidades de la tierra y se imagina una nueva aventura y un nuevo agravio que deshacer. Sancho logra convencer a don Quijote de que no es un espíritu, sino él mismo. Con sogas y con la ayuda de la gente del duque, don Quijote logra “rescatar” a su escudero de esta sepultura. En la sima nos muestra que Sancho necesita pruebas que confirmen lo que sus sentidos directamente le informan. Para comprobar que no tiene nada roto se palpa el cuerpo y se toma de las narices y sopla para ver si tiene una herida por la cual el aire pueda salir. No basta el dolor para determinar el estado de salud. Ahora es necesario confrontarlo con otras pruebas. La experiencia de Sancho como juez en el gobierno insulano se continuará evidenciando en el resto de la aventura. Hemos visto cómo Sancho, hasta el gobierno baratarío, había sido el típico rústico tonto, cobarde y comilón. Y también hemos visto que la identificación que se hace de él con su rucio confirma y acentúa estas características del personaje. ¿Qué ocurre luego del gobierno

insulano? ¿Cómo se manifiesta a partir de ahora la relación entre escudero y jumento? El lazo de amistad entre amo y bestia se mantiene, pero la relación ya no es de igualdad. Ahora Sancho no se igualará con su asno. Este cambio también se corresponderá con su conducta en general hasta el fin de la novela. En el camino de ida y vuelta a Barcelona, Sancho da muestras de su nueva condición *desasnificada*. Se muestra juicioso e incluso resuelve difíciles paradojas que le plantean en las ventas. En la segunda estadía en el palacio de los duques Sancho ya no se muestra aterrorizado durante la burla de la “resurrección” de Altisidora, quien recuerda a Sancho los azotes que tiene que darse en las posaderas para desencantar a Dulcinea. Por el contrario, se permite la broma que cité al principio: “—Bien pudiera Amor —dijo Sancho— depositarlos en los de mi asno; que yo se lo agradecería” (II, LXX: 550). Sancho ya no se identifica con su asno. Ahora el asno le sirve para poder cumplir un castigo sin sufrir el dolor. No ocurre ahora como en la aventura del rebuzno, donde Sancho es apaleado por ser un asno. Ahora Sancho no es, se hace el asno. En el siguiente capítulo, don Quijote, preocupado al oír el celo con que Sancho cumple —azotando árboles— esta penitencia, dice:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora; que el asno (hablando a lo grosero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. (II, LXXI: 558)

Sancho, que está azotando a los árboles y fingiendo con sus gritos el dolor, prefiere hacerse el asno: “—No, no señor . . . ; no se ha de decir por mí: ‘a dineros pagados, brazos quebrados’ ” (II, LXXI: 558). De la identificación ingenua y sumisa, y recordemos que dijo antes “confieso que para ser asno no me falta más de la cola”, Sancho pasa a la ironía ridiculizadora de la autoridad. No es un tonto que quiere impresionar haciéndose el listillo, como ocurrió al exhibir sus habilidades rebuznadoras, sino se hace el tonto para poder evadir las demandas de su amo. Cuando habla ya no *rebuzna*, sino que *piensa*; es decir, habla según le conviene a su situación. Si antes se preocupaba más por la alimentación de su rucio hasta en los mo-

mentos más inoportunos, ahora Sancho procura adornarlo ricamente para de esta manera ostentar una cabalgadura digna. Es la actitud del amo agradecido a su bestia. Hacia el final de la novela esta preocupación marca una diferencia notable entre amo y escudero.

Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocacé pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodó también la coraza en la cabeza, que fue la más nueva transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo. (II, LXXIII: 568)

Vemos a un Sancho triunfal en contraste con un don Quijote derrotado sobre un Rocinante más flaco que nunca. Al entrar al pueblo, al final de la última salida, don Quijote se muestra pesimista y ve malos agujeros hasta en los juegos inocentes de los niños. Sancho se encarga de romperlos y desbaratarlos con argumentos simples pero irrefutables y le recuerda a don Quijote los consejos que éste antes le daba: “que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agujeros” (II, LXXIII: 568). El loco don Quijote, el valeroso caballero de los leones, vuelve al pueblo cabizbajo y con un pie en la tumba. El escudero entra feliz, rodeado de chiquillos que gritan a su alrededor, como don Quijote cuando hizo su paseo triunfal en Barcelona: “Los muchachos, que son lince no escusados, divisaron la corona del jumento y acudieron a verle, y decían unos a otros: –Venid, muchachos, venid, y veréis al *asno de Sancho Panza* más galán que Mingo, y la *bestia de don Quijote* más flaca hoy que el primer día” (II, LXXIII: 568; mi subrayado). Pero no nos confundamos. A pesar de todo lo expuesto, la ambigüedad cervantina nos persigue hasta el final y nunca podremos estar seguros de si aquí, finalmente, el asno es Sancho o el rucio, si la bestia es don Quijote o Rocinante.

BIBLIOGRAFÍA

Cervantes Saavedra, Miguel de

1982 [1613] "Coloquio de los perros". *Novelas ejemplares*. Ed., Juan Bautista Avalle-Arce. Vol. III. 3ª ed. Madrid: Castalia. 239-322.

1987 [1605, 1615] *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed., Vicente Gaos. 3 vols. Madrid: Gredos.

1995 [1605, 1615] *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed., John Jay Allen. 2 vols. Madrid: Cátedra.

Di Stefano, Giuseppe

1990 "—Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza...". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38.2: 887-899.

Márquez Villanueva, Francisco

1973 "La génesis literaria de Sancho Panza". *Fuentes literarias cervantinas*. Madrid: Gredos. 20-94

Martínez-Bonati, Félix

1977a "Cervantes y las regiones de la imaginación". *Dispositio* 2.4: 28-53.

1977b "La unidad del *Quijote*". *Dispositio* 2.5-6: 118-139.

1978 "El *Quijote*: juego y significación". *Dispositio* 3.9: 315-336.

Molho, Mauricio

1976 "Raíz folklórica de Sancho Panza". *Cervantes: raíces folklóricas*. Madrid: Gredos. 215-355.